

A man in a dark blue shirt is shown from the chest up, adjusting his cuff. In the background, there is a city skyline at night with a large fountain illuminated with lights.

DESEO *prohibido*

ROMANCE MULTIMILLONARIO

JANICA CADE

Deseo prohibido

RIVALES DE LA FAMILIA WOLFE, LIBRO 4

JANICA CADE

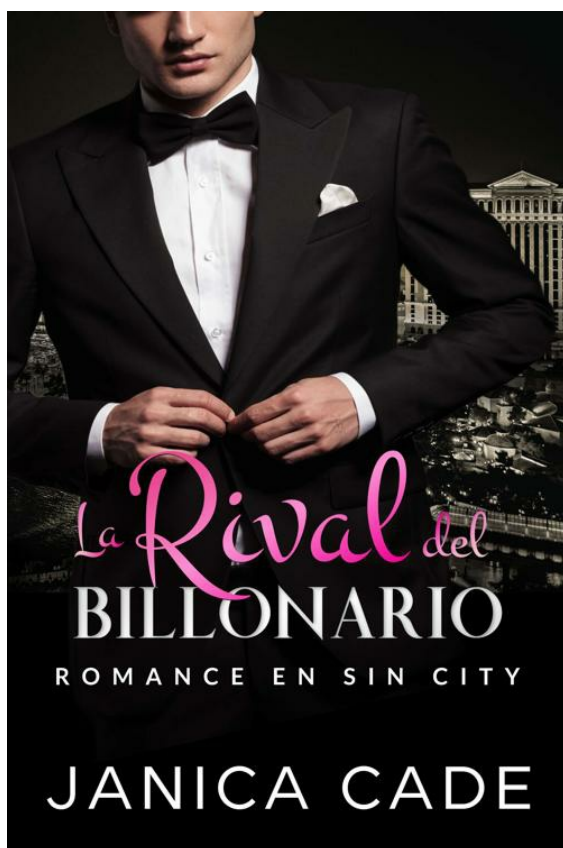


Solo para suscriptores

POR TIEMPO LIMITADO

¿Quieres más romance ardiente con multimillonarios? ¡Únete a mi lista y obtén La Rival del Billonario GRATIS! Es mi regalo exclusivo para lectores que desean romance intenso y lleno de drama.

[Haz clic aquí para reclamar tu copia](#) y estar al tanto de futuros lanzamientos.



janicacade.com/gratis

¡Visita para más contenido exclusivo y libros gratis!

Copyright © 2024 Janica Cade.

Todos los derechos reservados. Ninguna parte de este libro puede ser utilizada o reproducida de ninguna manera sin permiso escrito, excepto que se trate de citas breves incluidas en artículos o críticas.

Esta es una obra de ficción. Los nombres, personajes, negocios, organizaciones, lugares, eventos e incidentes son producto de la imaginación del autor o son usados de manera ficticia. Cualquier parecido con personas reales, vivas o muertas, eventos o lugares es pura coincidencia.

Diseño de portada por Sonja Larsen

Imagen de portada con licencia de Deposit Photos

Copyright de la portada © 2024 por Janica Cade

Editado por Cinta Pluma

Indice

1. Zack
2. Bianca
3. Zack
4. Bianca
5. Zack
6. Bianca
7. Bianca
8. Zack
9. Bianca

Epílogo

Otras obras de Janica Cade

Sobre la autora

Deja una opinión

1



Zack

Las grandes puertas del salón de baile del Hotel Oasis se abren ante mí, revelando el lujoso vestíbulo adornado con brillantes lámparas de araña y suelos de mármol. Me dirijo a grandes zancadas hacia el centro de la sala, con el atronador ritmo de la música de la entrega de premios llenándome los oídos. Mi oneroso traje italiano se ciñe a mi tonificado cuerpo y cada paso que doy irradia poder y autoridad.

El portero inclina la cabeza con profundo respeto mientras abre para mí la cuerda de terciopelo.
—Sr. Wolfe.

Al entrar en la sala principal, todas las miradas se vuelven hacia mí. Soy Zack Wolfe, amo de este dominio, y todos aquí lo saben. Las mujeres me miran con hambre, mientras que los hombres me observan con envidia y admiración. Me abro paso entre el mar de invitados, llamando su atención con mi mera presencia.

En el bar, pido un vaso de whisky de primera calidad y brindo con él por mi éxito. Una idea impulsiva me asalta y me subo a la superficie de caoba pulida de la barra. Cojo una botella de Dom Pérignon, la descorcho ceremoniosamente y rocío champán sobre la multitud que me aclama. La gente alarga la mano para atrapar las gotas doradas, presa de la emoción de estar en mi presencia.

En este momento, rodeado de riqueza y adoración, soy intocable. Este es mi mundo, y todos los presentes son conscientes de ello.

Estoy en plena efervescencia de la energía de la multitud cuando un destello de pelo color miel me llama la atención. Allí, al otro lado de la pista de baile, está Bianca Fitzgerald, mi mayor rival en la escena nocturna de Las Vegas. Incluso desde la distancia, su elegancia y aplomo destacan entre el estruendoso desorden de la multitud. Es una visión en su elegante vestido negro, con el pelo peinado hacia atrás para mostrar joyas que brillan incluso en la penumbra. Las luces resplandecen en su lustrosa piel, acentuando las curvas de su tonificado cuerpo. Lleva el pelo color miel recogido en un sofisticado moño que deja ver la elegante línea de su cuello.

Un fuego competitivo se enciende dentro de mí. Bianca cree que es intocable, con su club «exclusivo» y su reputación de pija, pero estoy a punto de demostrarle que nadie supera a Zack Wolfe en su propio terreno.

Me acerco, abriéndome paso entre la masa de cuerpos animados. Bianca me da la espalda cuando me acerco por detrás.

—Pero si es la mismísima Reina del Hielo. —Mi voz se oye por encima de la música—. ¿Vas a la entrega de premios de esta noche?

Se da la vuelta y la sorpresa relampaguea en sus elegantes facciones antes de que su expresión se suavice en una fría indiferencia. De sus orejas cuelgan pendientes de diamantes que captan la luz y brillan con cada movimiento que hace.

—Zack. —Dice mi nombre como si miel envenenada goteara de sus labios brillantes—. Encantador como siempre.

El bajo retumbante de la música se disuelve en el telón de fondo mientras me centro en ella, incapaz de resistirme a su encanto.

Le muestro mi sonrisa más pícaro.

—Ya me conoces, llevo un poco de energía allá donde voy. Mientras que tú... —La miro de arriba abajo lentamente—. Pareces decidida a chuparle la vida a todo.

Sus ojos se entrecierran, la irritación atraviesa esa pulida fachada.

—Sí, bueno, algunos preferimos la clase a la grosería.

Me río y me inclino hacia ella mientras su perfume invade mis sentidos. Su aroma es una tentadora mezcla de flores y un toque picante, que me obliga a imaginar el dulce sabor de sus labios antes de exhalar por fin y concentrarme en ganar este pequeño juego verbal nuestro.

—La clase está sobrevalorada, princesa. A veces tienes que ir al grano para vivir de verdad.

Da un paso atrás, distanciándose de nuevo.

—Bueno, por muy tentador que suene, creo que voy a pasar. —Su voz destila sarcasmo.

—Tú te lo pierdes. —Me encojo de hombros y me inclino un sombrero imaginario—. Nos vemos, Reina de Hielo.

No espero su respuesta antes de darme la vuelta y zambullirme de nuevo entre la multitud. Está claro que Bianca ha lanzado el guante, y esta ciudad no es lo bastante grande para los dos. A partir de ahora, es la guerra.

Me dirijo al baño para echarme agua fría en la cara y me miro en el espejo.

Me viene a la mente el rostro sereno de Bianca, con sus ojos color caramelo brillantes de desafío. Una adversaria digna.

Las Vegas se ha vuelto demasiado aburrido, conmigo dirigiendo los clubes más calientes de la ciudad sin tener competencia real. Pero ahora la señorita «Miss Alta Sociedad» quiere jugar con los grandes.

Una lenta sonrisa se dibuja en mi cara. Quizá sea hora de cambiar un poco las cosas y recordar a la gente por qué me llaman el Rey de la Vida Nocturna de Las Vegas. Me he vuelto demasiado complaciente en mi trono. Es hora de reclamar mi corona como soberano indiscutible de toda la escena.

Se me acelera el pulso al pensar en la emoción de conquistar un territorio nuevo. Es exactamente lo que necesito para volver a encender la chispa que llevo dentro. Desde que me hice con el primer Pulse, he vivido esperando el siguiente gran momento, y competir con Bianca me dará el subidón más alto hasta la fecha.

Me enderezo los puños y vuelvo a ver en mi reflejo ese familiar brillo depredador en mis ojos. Cuando acabe con ella, esa fachada de reina de hielo se habrá derretido. Me abriré camino con mis encantos hasta su exclusivo círculo íntimo y dejaré supreciado club hecho cenizas. Entonces, Fitzgerald's será agua pasada, y el único nombre en boca de todos será Pulse, y su temerario rey: yo.

Las Vegas es mi reino, y no voy a renunciar a mi corona sin luchar. Empieza el juego, princesa. Veamos si puedes jugar con fuego.



Bianca

El murmullo de la conversación me invade mientras tomo asiento en la mesa y me aliso el vestido de seda.

Mi hermana Olivia se sienta frente a mí y sus ojos verdes brillan de emoción. Da saltitos en la silla y su pelo rubio y rizado le cae sobre la cara mientras habla.

—Me encantaría ver a quién han elegido este año para el espectáculo. He oído que es alguien muy famoso.

Sonrío. El entusiasmo de mi hermana siempre me levanta el ánimo.

—Seguro que los organizadores han preparado algo espectacular, como siempre.

Olivia se inclina hacia delante.

—¿Alguna novedad que deba saber sobre tu nuevo rival?

Me resisto a poner los ojos en blanco. Lleva observando a Zack Wolfe como un halcón desde que se conoció la noticia de la apertura de su último club a una manzana de Fitzgerald's.

Aunque el interés de Olivia no me sorprende. Todas las mujeres de esta ciudad parecen obsesionadas con él.

Sacudo la cabeza y arrugo la nariz.

—Nada que merezca la pena cotillear. Mantengo mi atención donde debe estar: en mi local.

Pone morritos.

—No eres divertida. Apuesto a que ya está tramando alguna locura para robarte el protagonismo esta noche.

Levanto la barbilla.

—El Sr. Wolfe puede hacer lo que le plazca. Fitzgerald's seguirá siendo el pináculo de la clase y la sofisticación, independientemente de sus payasadas.

Como si nada, el hombre entra en el salón de baile con un pequeño séquito a sus espaldas.

La tela de su esmoquin entallado se ciñe perfectamente a sus músculos tonificados y definidos, acentuándolos con cada movimiento. Sus brazos se abultan ligeramente al ajustarse los puños, lo que deja claro que no le resulta extraño hacer ejercicio. Se mantiene seguro de sí mismo, exudando un aura de fuerza y mando. Su intensa mirada se posa en mí por un momento antes de apartarse.

Un acalorado enfado se enciende en mi interior, pero mantengo el aplomo.

Zack Wolfe no me intimida y nunca dejaré que me afecte. Construí mi imperio por pura voluntad y determinación, y ningún playboy imprudente va a amenazar eso.

Empieza el juego, Sr. Wolfe. Veremos si puedes lidiar con alguien que no cae ante tus encantos.

Hincando la barbilla, mi hermana se inclina hacia mi oído.

—Hablando del diablo.

Lucho contra el impulso de girarme y seguir observando la elaborada entrada de Zack, manteniendo en cambio mi atención en Olivia.

—Tenemos asuntos más importantes que discutir que las tácticas de búsqueda de atención del señor Wolfe.

Mi hermana sonríe y niega con la cabeza.

—Puedes admitir que está bueno. No se lo diré.

Mientras enderezo mi postura, me aclaro la garganta.

—Tal vez deberíamos repasar los acuerdos con los proveedores para el próximo mes.

Antes de que Olivia pueda responder, un organizador alto y delgado llega a nuestra mesa.

—Siento interrumpir, señoras, pero parece que tenemos un problema de asientos. —Hace un gesto detrás de él, guiando a Zack hacia nosotros—. Sr. Wolfe, su mesa está por aquí.

—Señoritas —saluda Zack mientras se desliza en el asiento vacío a mi lado mientras muestra su sonrisa exasperantemente perfecta—. ¡Qué encantadora coincidencia!

Dirijo una mirada gélida al organizador.

—Debe haber algún error. El Sr. Wolfe no tiene sitio en esta mesa.

Una visible sacudida baja por el cuello del organizador mientras traga.

—Lo siento mucho, Sra. Fitzgerald, pero estamos al completo. Me temo que el Sr. Wolfe tendrá que sentarse aquí.

Zack se echa hacia atrás y apoya el codo en la silla vacía de al lado, con una sonrisa lobuna. El esmoquin negro que lleva puesto le sienta como un guante, resaltando su musculatura y sus anchos hombros.

—No te preocupes, no muerdo.

Aprieto la mandíbula y me vuelvo hacia él por primera vez esta noche.

—Dejemos una cosa clara. El hecho de que te hayas sentado en el asiento contiguo al mío no significa que tenga interés en entablar conversación contigo, señor Wolfe. No confundas mi aplomo con debilidad.

Le brillan los ojos.

—Tomo nota.

El juego ha comenzado. Y no tengo intención de dejar que este astuto Wolfe gane.

Llama a un camarero, pide una botella de Dom Pérignon y se vuelve hacia mí.

—¿Qué celebramos?

Arrastro mi dedo índice entre nosotros y arqueo una ceja.

—No estamos celebrando nada, señor Wolfe.

—Ouch. No hay necesidad de ser tan formal, Bianca. Llámame Zack.

Se inclina un poco hacia mí y la colonia de sándalo me llega a la nariz, provocándome una ligera punzada de hambre en el estómago. Sonríe.

—Yo diría que este percance fortuito con los asientos es una razón tan buena como cualquier otra para descorchar un poco de champán, ¿no crees?

Antes de que pueda replicar, el camarero vuelve con una cubitera y tres copas de champán. Descorcha y llena nuestras copas.

Zack choca su vaso contra el mío y el de Olivia.

—Por los nuevos conocidos.

Por un momento pierdo la compostura y la irritación se apodera de mi cerebro.

Sus payasadas no hacen más que consolidar mi impresión inicial de que es un playboy arrogante. Mientras hace ademán de beberse el caro champán, me resisto a rechinar los dientes.

En lugar de eso, mantengo una expresión neutra y bebo un pequeño sorbo, más por educación que por otra cosa. El burbujeante líquido se desliza por mi garganta, dejándome un regusto crujiente en la lengua.

Zack inclina su cuerpo hacia el mío, desprendiendo un aroma masculino y seductor que me acelera el corazón.

—Dime, Bianca. ¿Cómo se mete una mujer como tú en el negocio de los clubes?

Su condescendencia apenas disimulada me eriza la piel.

—Trabajo duro. Trasnóchar. Sacrificio. —Hago una pausa, sosteniendo su inquebrantable mirada—. Claramente, nada que tú puedas entender.

Su mandíbula afilada y definida acentúa sus fuertes rasgos faciales. Se atreve a sonreír.

—Descarada. Me gusta.

—Aclaremos algo. Tú y yo no somos amigos. Lo único que tenemos en común es esta ciudad. Más allá de eso, pierdes el tiempo tratando de encantarme.

Zack levanta una ceja, con una amplia sonrisa.

—¿Eso es un reto?

Abro la boca para replicar, pero me detengo cuando la voz del maestro de ceremonias retumba en el salón, indicando el comienzo de la entrega de premios.

Salvado por la campana por ahora, Wolfe. Pero esto está lejos de terminar.

2



Bianca

El tintineo de las copas se desvanece cuando el maestro de ceremonias coloca una mano alrededor del micrófono, con una sonrisa tan pulida como los accesorios dorados que nos rodean en el salón de baile The Oasis. Las tenues luces muestran su pelo perfectamente peinado, junto con la reluciente decoración dorada del ambiente.

Aliso la tela de seda de mi vestido, cada hilo es un testimonio del imperio que he construido.

—Bienvenidos, estimados invitados. —El timbre de voz del locutor tiene el tono perfecto para abrirse paso entre el murmullo del público—. Esta noche, celebramos a las luminarias de la vida nocturna de Las Vegas.

Los ojos ámbar de Zack brillan mientras se inclina hacia mi oído.

—Buena suerte.

Una pizca de barba incipiente acentúa la cincelada mandíbula de Zack, aumentando su encanto rudo. Es un incendio en mi controlado mundo. Su cercanía hace que se me revuelvan las tripas.

El calor se agita en mi interior mientras finjo una sonrisa.

—Lo mismo digo.

La mirada del presentador se mueve entre Zack y yo.

—Todos estamos ansiosos por ver quién se alzará este año como el Mejor Club Nocturno de Las Vegas. Entre nuestros distinguidos nominados están Pulse Club Downtown y Fitzgerald's.

Me invade una oleada de orgullo por Fitzgerald's. Es mi creación. Es mi creación y he trabajado muy duro para convertirlo en un gran éxito en Las Vegas desde su apertura el año pasado.

El éxito de Zack es un reflejo del mío, pero su implacable energía pasa por encima de mi férrea compostura.

Sin mirarlo, percibo su sonrisa salvaje. Respiro hondo, esperando que eso relaje un poco mi expectación.

—Menuda alineación.

—Que gane el mejor club. —Su voz es un murmullo grave que resuena en lo más profundo de mí.

—Desde luego. —Mi respuesta es ligera y equilibrada, pero el revoloteo de mi estómago traiciona mi calma exterior.

Esto es algo más que negocios. Los dos somos como el fuego y el hielo, totalmente opuestos, pero Zack Wolfe es el único que ha estado a punto de derretir las barreras que rodean mi corazón.

Zack vuelve a inclinarse hacia mí y su cálido aliento me hace cosquillas en la oreja. Su boca desprende un leve aroma a pasta de dientes de menta, mezclado con una colonia picante que me da vueltas en la cabeza.

—Así que, Bianca, ¿lista para rendirte al rey de la vida nocturna?

Intento concentrarme en la voz del locutor, pero Zack es una distracción mejorada, sus ojos brillantes fijos en mí con esa arrogancia juguetona que encuentro exasperante... y embriagadora. El aire hierve con la energía de nuestra guerra tácita y cada nervio de mi cuerpo se despierta ante el desafío. Le dirijo una rápida mirada.

—Nunca.

El maestro de ceremonias se aclara la garganta.

—Atención a todos. Tenemos una situación sin precedentes.

Zack se inclina de nuevo hacia mí y sus cálidos labios rozan mi sien mientras su suave exhalación de aire resuena en mis oídos.

—Suena serio.

Me estremezco, maldiciéndome por haberle dejado traspasar mi muro de defensa. La afilada mandíbula de Zack ocupa todo mi campo visual y me produce un cosquilleo, como el sabor de algo dulce y prohibido.

El maestro de ceremonias continúa, sus palabras amortiguadas por los rápidos latidos de mi corazón.

—Ambos clubes ejemplificaron la excelencia en el entretenimiento nocturno.

Zack se muerde el labio.

—Apuesto a que es un empate.

Su tono vocal es suave como el terciopelo, pero intento pasar de él.

Le lanzo una mirada.

—¿Puedes callarte, por favor?

—Y el premio al mejor club nocturno de Las Vegas es para... —La expectación en la sala va in crescendo, reflejando la tormenta en mi interior mientras esperamos el veredicto final.

—¡Fitzgerald's y Pulse Club Downtown!

La declaración golpea como un trueno, reverberando a través de la multitud.

Zack hace alarde de una sonrisa victoriosa.

—Es un empate.

Mi orgullo lucha contra la irritación por compartir el primer puesto con él. Pero cuando nuestras miradas se cruzan, todo lo demás se desdibuja y lo único que veo es el fuego de sus

ojos, un espejo del fuego que él enciende dentro de mí.

El estallido de otra botella de champán interrumpe los aplausos. La sonrisa de Zack es tan afilada como la copa de cristal que me tiende. ¿Por qué despierta tanta confusión en mí?

Doy un sorbo a la bebida, dejando que el frescor calme mis nervios.

—Parece que necesitamos un desempate.

—De acuerdo. —Se inclina, el aroma de su colonia una amenazadora resaca—. ¿Alguna idea, Srta. Fitzgerald?

Una comisura de mis labios se arrastra hacia abajo.

—Ninguna que implique que ganes.

Se ríe, sus ojos seductores se iluminan con la emoción de la competición.

—Ouch.

Inclino la cabeza, evaluándole.

—¿Tal vez un concurso de baile? O podemos dejar que hablen las cifras. ¿Ingresos de esta noche?

Mi sugerencia persiste, envuelta en seda y ribeteada en acero.

Zack sacude la cabeza antes de hacer señas a un camarero.

—Demasiado predecible. Subamos la apuesta.

El camarero se presenta ante nosotros con un bloc de notas en la mano.

Zack levanta la vista y da su orden.

—Dos tequilas. —Hace un gesto hacia mi hermana, pero mantiene su atención en mí—. ¿Quieres tomar uno?

Los ojos nerviosos de Olivia pasan entre Zack y yo antes de negar con la cabeza.

—Estoy bien. Nada para mí. Gracias.

El camarero asiente y se retira.

Zack se inclina y penetra en mis ojos.

—El suero de la verdad revelará todos nuestros secretos, Bianca.

Me relamo los labios y suelto una buena réplica.

—O simplemente tu mal juicio.

Su risa me envuelve, cálida y contagiosa.

—Touché.

Llegan los chupitos, alineados como soldados sobre la mesa. Zack me pasa un tequila antes de coger uno para él. Es una imprudencia. Es una locura. Y no puedo apartar la mirada.

Levanta su copa y el oro líquido casi se derrama por el borde.

—Por un desempate que cambie el partido.

—Al último que quede en pie. —Choco mi chupito con el suyo y lo trago. El tequila arde como un fuego suave en mi garganta, y agradezco el calor. Me gusta la forma en que el alcohol embota el filo de su presencia, aunque solo sea a medias. Incluso a través de la neblina, es nítido.

Le hace otra señal al camarero.

—Otra ronda.

La habitación que me rodea parece inclinarse y girar, las luces se difuminan en orbes nebulosos. Trago saliva y recupero la compostura.

—Confianza, pero confianza no equivale a victoria.

—La precaución tampoco. —Baja el siguiente chupito, sin apartar los ojos de los míos. Hay una promesa en esa mirada, una promesa silenciosa de que este juego no ha terminado.

El calor se extiende a través de mí mientras yo también bebo mi chupito de tequila.

—Tal vez no, pero yo no soy la que va a perder.

—Sigue diciéndote eso. —La sonrisa de Zack es puro pecado mientras pide otra ronda.

Olivia se inclina y su perfume floral flota hasta mis fosas nasales.

—Doy por terminada la noche. —Sus ojos son suaves y comprensivos. Sabe lo mucho que me afecta esta rivalidad.

Una risa floja emerge de mi garganta.

—¿Seguro que no quieres una copa más, Olivia?

Mientras bromeo con ella, mis hombros se tensan porque su marcha me deja a solas con Zack.

—No. Te quiero, hermanita. No hagas nada que yo no haría. —Me guiña un ojo antes de escabullirse entre la multitud. Con ella se va la última pizca de moderación que me quedaba.

Zack vuelve a centrar su atención en mí, con una sonrisa salvaje.

—Y luego quedaron dos.

Mi mente da vueltas mientras las voces y los sonidos se mezclan en un murmullo agradable.

—Sí. Dos rivales con asuntos pendientes. —Mi tono es firme a pesar de que el tequila difumina los bordes de mi mundo.

—Exacto. —Desliza su silla más cerca. El calor que irradia su cuerpo dista mucho del fresco lujo del Hotel Oasis. Nuestras rodillas se rozan y salta una chispa entre nosotros.

—¿Quieres apostar? —Su pregunta destila una invitación a algo más que una apuesta.

Mi pulso se acelera, traicionando mi fachada de calma.

—Depende de lo que esté en juego.

Su confianza es embriagadora, tanto como el alcohol en mis venas.

—Muy sencillo. El que tenga la cola más larga fuera de su discoteca al amanecer gana.

—¿Qué gana? —exijo, inclinándome hacia él, atraída por la emoción de la apuesta y su salvaje aroma.

Sonríe como una bestia que está segura de su presa.

—Derecho a fanfarronear. Y un favor.

Ansío borrar esa suficiencia de su cara.

—Trato hecho. —La palabra se desliza, imprudente y hambrienta.

Levanta su vaso, y yo hago lo mismo, el fuego líquido listo para avivar nuestra locura.

—Sellémoslo con un chupito.

El tequila enciende una llama que no tiene nada que ver con la apuesta y sí con Zack Wolfe. Choco mi vaso contra el suyo.

—Salud, por superar los límites y ver quién queda en pie al final de la noche.

El tequila me abrasa el esófago, y todo se inclina a mi alrededor mientras mi pulso martillea a un ritmo temerario.

Los ojos ámbar de Zack sostienen los míos, un desafío que hierve a fuego lento en sus profundidades.

—Vamos, Fitzgerald. —Se levanta con una gracia fluida que contradice su embriaguez—. Llevemos esto al siguiente nivel.

Me empujo hacia arriba, sintiendo una ligereza vertiginosa en la cabeza. El mármol bajo mis pies me apoya mientras mis tacones chasquean contra el suelo.

—Ve delante, Wolfe. —Mi tono es firme, pero por dentro, soy todo fuego salvaje.

Su mano roza mi espalda, despertando un calor que se extiende por mi pelvis mientras nos movemos entre la multitud.

A medida que nos adentramos en el bullicio de la planta del casino, los sonidos apagados de las risas y el tintineo de las copas se cuelan por la puerta para recordarnos la mágica energía de Las Vegas.

Me siento ligera y flotante, como si me pudieran empujar o tirar de mí en cualquier dirección.

—¿Adónde vamos?

—A algún sitio... apropiado. —La comisura de sus astutos labios masculinos se levanta, y le sigo la corriente, atraída por la emoción.

Zack me coge de la mano y nos movemos más rápido, bajando por la escalera mecánica que lleva a los niveles inferiores del Oasis.

El sonido de una canción de Elvis viene a saludarnos. Surrealista.

Una carcajada brota de mi garganta y no la reprimo. Estoy sin aliento, intoxicada por algo más que el alcohol.

—¿Estás loco?

Me guiña un ojo, tirando de mí más allá del último escalón, en una capilla resplandeciente.

—Tal vez.

—Bienvenidos a la Capilla de Bodas Oasis —vocifera Eddie King, una figura reluciente vestida con un traje blanco de lentejuelas brillantes—. ¿Quieren hacer una apuesta de por vida?

El hombre del pelo rociado está de pie ante nosotros, su sonrisa cautiva mientras las luces de la capilla proyectan un resplandor azul sobre su melena negra azabache.

—¡Zack! —protesto, pero es débil, un susurro perdido en el absurdo.

Una amplia sonrisa se dibuja en su rostro.

—Demasiado tarde, preciosa.

La música de otra canción de Elvis se desvanece en el fondo mientras Zack me observa. Siento un cosquilleo cálido en las extremidades y me balanceo con la habitación.

—Bien. —Enderezo los hombros, enfrentándome a su desafío—. ¿Hasta que el amanecer nos separe?

Zack asiente y ríe un gruñido bajo y retumbante.

—Trato hecho.

Un ligero olor a cigarrillos y champán rodea a Eddie King, lo que aumenta su aura de extravagancia. Su voz nos envuelve, rica y aterciopelada, mientras da comienzo a la ceremonia.

—Nos hemos reunido hoy aquí bajo las luces de neón del amor y la suerte para presenciar un momento especial en el corazón de Sin City.

La boda continúa y se nos escapan los votos matrimoniales de la boca entre risas incontrolables. Giramos como estrellas que chocan en la noche de neón.

A Eddie le brillan los ojos.

—Por el poder que me confiere el estado de Nevada. Os declaro...

—Espera. —Zack se pone serio de repente, sosteniéndome la mirada—. Esto es real. Tú eres real.

La intensidad de sus ojos me atraviesa.

—Siempre lo he sido.

Su pulgar roza mi nudillo.

—Entonces estoy dentro.

Me inclino hacia él mientras el universo se reduce a nosotros solos.

—Yo también.

Eddie nos mira a los dos y luego asiente.

—Marido y mujer.

—Puedo besar a la novia —murmura Zack antes de que sus labios reclamadores se posen sobre los míos, sellando el trato.

Le devuelvo el beso, devorando sus labios con una ferocidad nacida de la desesperación, mi cuerpo deseoso de recibir su contacto. En este momento, es como si todo hubiera dejado de existir y lo único que importara fuera la conexión química entre nosotros.

Mientras nuestros cuerpos se funden en pura pasión, la habitación gira a mi alrededor como una atracción de feria, los bordes se difuminan y las luces se convierten en una sola.

El Rey sigue canturreando, pero lo único que oigo es mi corazón latiendo a un nuevo ritmo llamado Zack Wolfe.

3



Zack

Abro los ojos y veo un techo que no es el mío. En el aire se mezclan aromas de lavanda, café recién hecho y un sutil toque de perfume caro. Entrecierro los ojos ante la luz matutina que se cuela por unas cortinas desconocidas.

A mi lado, una respiración suave sube y baja.

No estoy solo.

Se me acelera el pulso. Me doy la vuelta y ahí está: Bianca Fitzgerald, con sus rizos rubios como la miel extendidos sobre la almohada, parece un ángel caído con una tiara ladeada sobre la cabeza. Su piel es morena e impecable. Su pierna caída sobre la mía, con una ligua blanca abrazando su muslo justo por debajo del dobladillo de su vestido negro. Espera, ¿una liga?

¿Tuvimos sexo?

No, no puede ser. No hay calor persistente ni olor de intimidad compartida que se aferre a nosotros. No hay ropa desaliñada ni brillo posterior. Los dos estamos completamente vestidos, ella con un traje de noche de seda que ha visto días mejores, y yo con una chaqueta de traje arrugada que grita el abandono imprudente de la noche anterior.

Salgo del brazo de Bianca con cuidado de no despertarla. La alfombra de felpa acaricia mis pies descalzos, cada paso es un suave masaje mientras permanezco inmóvil, observando la suite de lujo que no me resulta familiar.

El Hotel Oasis. El nuevo hotel de mi hermano Devin. Todo está volviendo ahora. El reto, la prisa abajo, la capilla de bodas. Santo cielo.

—Maldita sea, Zack —murmuro, frotándome la cara con una mano. Esto es un caos, incluso para mí.

¿Realmente nos casamos? No. Recordaría si Bianca Fitzgerald —la reina de hielo de la noche de Las Vegas, mi competidora más exasperante— hubiera cruzado esa línea conmigo. Pero, de nuevo, el alcohol desdibuja los acontecimientos y borra los recuerdos.

Bianca se revuelve, se incorpora lentamente y parpadea para ahuyentar el sueño. La observo, con la cabeza ladeada y el ceño fruncido, signos de su incredulidad, reflejo de la mía.

Parpadea más, sus largas pestañas se agitan mientras la confusión aprieta su ceño. La mortificación tiñe sus mejillas cuando su mirada se posa en mí.

—¿Zack?

Sus cuerdas vocales están roncadas, llenas de confusión. Me mira en busca de respuestas, sus ojos se abren de par en par con incredulidad y sus labios se entreabren en una súplica silenciosa de una explicación.

—¿Qué ha pasado?

—Eh, estás despierta. —Le ofrezco una media sonrisa, pero tengo un tic en la mandíbula. Con la ansiedad hirviendo a fuego lento bajo mi superficie, me paso las manos por el pelo—. Estoy intentando averiguarlo.

Tengo la boca seca y puedo saborear los restos del alcohol de anoche en la lengua. La situación debería hacerme reír, pero la evidencia es demasiado extraña.

—No creo que hayamos hecho nada. —Siento que intento convencerme a mí mismo más que a ella—. Pero luego está la cuestión de tus... accesorios.

Sus ojos se posan en la liga, sus dedos rozan el delicado encaje antes de arrancársela con una rapidez inusitada y tirarla sobre la cama. La tiara le sigue, tirada a un lado sin cuidado. Choca contra la mesilla de noche y su caída es ruidosa.

Se frota las sienes.

—Accesorios con poco sentido.

El espacio entre nosotros contiene una plétora de preguntas sin respuesta. Es ridículo. Incluso irrisorio. Sin embargo, ninguno de los dos se ríe.

Su aspecto desaliñado me atrae. Su pelo, por lo general liso e inmaculado, está ahora desordenado y despeinado, y su atuendo, siempre perfectamente conjuntado, está arrugado. Y un rastro inconfundible de estragos hedonistas empaña sus rasgos habitualmente suaves.

—Mira, Bianca... —Se me entrecorta la voz y siento una inesperada oleada de atracción. La excitación me recorre la entrepierna como un reguero de pólvora. Tal vez sea el resultado del sexo tan necesario que nunca tuvimos.

Ahora está de pie y sus movimientos están llenos de determinación. Parece un ángel desordenado con sus rizos dorados y su vulnerable confusión.

—Debemos resolver esto.

Se me seca la boca al tragar, la lengua hormiguea con el sabor de la anticipación y el anhelo. Me humedezco los labios y aparto los ojos de su cuerpo.

Necesitamos distancia o claridad, porque pasara lo que pasara anoche, ha cambiado el partido. Y aún no estoy seguro de si eso es una victoria o una derrota. Asiento, con la mandíbula desencajada.

—De acuerdo.

Necesito respuestas. Salgo del dormitorio y camino por el salón. La suite es un caos, con serpentinas esparcidas por el suelo y botellas de champán vacías que nos guiñan el ojo desde cualquier rincón. Y luego está la parafernalia: monos de lentejuelas en perchas y gafas de sol de gran tamaño esparcidas como confeti. Mi pulso se acelera, cada descubrimiento es un golpe.

Cojo una peluca de Elvis de una silla y la tiro a la cama donde está sentada Bianca. Cae con un ruido sordo, con el pelo sintético esparcido en todas direcciones.

—Mira esto.

Se estremece antes de que sus ojos se abran de par en par, asimilando la locura.

—¿Eso es...?

—¿El pelo de Elvis? Eso parece.

Me estremezco, el malestar en mi cerebro aumenta.

Esto no es solo arrepentimiento post-borrachera. Esto es monumental, como el Gran Cañón del Colorado.

Mi mirada recorre la suite, observando cada pequeño detalle, desde los ornamentos dorados hasta la lujosa tapicería de terciopelo, como si grabara la imagen en mi memoria.

Los cuadros abstractos adornan las paredes de la suite, y sus vibrantes colores infunden al espacio un toque de elegancia romántica.

Dos copas de cristal junto a un ramo de rosas rojas. Algunos de los delicados pétalos están esparcidos por la cómoda, creando un ambiente íntimo y lujoso.

Me acerco a la cómoda y mis dedos rozan la superficie hasta chocar con un trozo de papel. Lo reconozco incluso antes de cogerlo.

Me mira un certificado de matrimonio. Tiene nuestros nombres escritos con letra de imprenta, junto con la extravagante firma del Rey.

—¿Qué es eso? —La voz de Bianca tiembla, un susurro de miedo se enhebra en ella.

Le doy el documento.

—La prueba.

Sus ojos se abren de par en par cuando una risa hueca sale de su boca. Sujeta el papel con mano temblorosa mientras lee el contenido.

—Esto no es real.

Verla reír me provoca algo. Al quedarme quieto, me entran unas ganas irrefrenables de saborear su piel y paladear cada centímetro de ella. Respiro hondo y vuelvo a concentrarme en el papel.

El certificado de matrimonio es como un cinturón de campeón de los pesos pesados que nunca quise ganar. Me giro y la miro.

—Real o no, estamos juntos en esto.

—Zack... —empieza Bianca, pero las palabras parecen fallarle mientras mira fijamente el papel.

—Mira, Bianca. Hace tiempo que te quiero en mi cama. Eso es obvio. Pero esto... —Hago un gesto a la habitación, a las pruebas de nuestro matrimonio de borrachos—. Esto es una locura, incluso para mí.

Su mirada se cruza con la mía, y hay algo vulnerable en esos ojos color caramelo.

La energía de Las Vegas palpita en la calle, pero en la sala reina el desorden.

Me rasco la sien.

—Somos el rey y la reina de la vida nocturna de Las Vegas, no es exactamente un cuento de hadas. Sin embargo, aquí estamos.

—¿Rey y Reina? —Una pequeña sonrisa se dibuja en sus labios—. No. Más bien un bromista y un tonto.

Apoyado en un moderno armario, me froto la nuca.

—¿Cuál soy yo?

Su risa es una melodía sobre el zumbido desafinado de la incertidumbre.

—Supongo que depende de la mano que nos haya tocado.

Me asombra cada uno de sus movimientos. Incluso ahora, es una mujer rara, elegante que puede igualar mi comportamiento salvaje con clase.

—Parece que fuimos a por todas sin mirar nuestras cartas.

—Quizá deberíamos retirarnos. —Hay un temblor en su voz, una grieta en su aplomo que me atrae más cerca.

Doy un paso adelante y su cuerpo me atrae como un imán. Mis necesidades son imprudentes y locas, pero están ahí, son innegables.

—O jugamos al juego.

Suspira y estira el cuello mientras me devuelve el certificado.

Esto es un desastre. Me quedo de pie, sosteniendo la absurda situación entre mis manos. El certificado de matrimonio pesa, como empapado por el peso del tequila de anoche.

Los dedos de Bianca rozan los míos cuando me devuelve el documento.

Otra excitación golpea mi ingle. Dios, la deseo. Mucho.

Vuelve a repasar las palabras del papel.

—Zack, en realidad no podemos casarnos. Esto es Las Vegas, seguro, pero...

—En Las Vegas o no —interrumpo, con mis ojos clavados en los suyos—. Algo pasó entre nosotros, y no hablo solo de la capilla.

Su mirada sostiene la mía con el mismo calor y sus mejillas se sonrojan.

—Sí, algo estúpido.

—Tal vez. —Me acerco, atraído por ella como por la gravedad, mientras la canción de nuestra boda, «Can't Help Falling in Love», suena en mi cerebro por cuadragésima vez.

No da un paso atrás. Sus ojos se posan en mis labios durante un instante antes de volver a mirarme.

—Es imposible que esto sea real. Esto es totalmente falso.

Se me hace un nudo en la garganta al intentar hablar, y me pican los dedos por apartar los mechones rebeldes de su pelo de la cara.

—¿Lo es?

—Eh... sí. —Su cuerpo se inclina hacia el mío, como si estuviera librando una batalla que no está segura de querer ganar. Su traje de noche de seda se ciñe a sus seductores pechos, la tela ligeramente arrugada y el dobladillo torcido.

Casi puedo sentir el calor que irradia su cuerpo, su piel enrojecida y caliente. Siento un hormigueo en las manos al querer tocarla, pasarlas por su pelo y sus brazos desnudos.

Hay una parte de mí —una gran parte— que quiere atraerla hacia mí y recordarle el fuego que nos llevó a hacer lo impensable. Pero entonces recuerdo la liga, la tiara y lo ridículo de todo. Llevamos las cosas demasiado lejos.

—De acuerdo. —Doy un paso atrás, poniendo espacio entre la tentación y la razón—. Arreglaremos esto.

—Bien. —Ella asiente, pero su voz carece de convicción.

—Bien —repito como el eco, aunque parece cualquier cosa menos eso.

El silencio se alarga, lleno de pensamientos no expresados y anhelos insatisfechos. Necesito espacio para pensar sin la distracción de su cercanía.

Exhalo una bocanada de aire.

—Nos vemos, Sra. Wolfe.

—De acuerdo. —Ella esboza una media sonrisa, pero tensa—. Adiós.

Con una última mirada a ella y al desastre que hemos creado, me doy la vuelta y salgo de la suite. La puerta se cierra tras de mí, separándonos el uno del otro.

4



Bianca

El resplandor de neón de Las Vegas se cuela a través de las cortinas de mi suite en el ático de The Blake South Strip, irradiando un destello por mi lujoso salón crema y dorado.

Estoy tumbada en mi sofá de terciopelo, con un dolor de cabeza palpitante en la base del cráneo, un cruel recuerdo de la escapada de anoche con Zack Wolfe.

Pero mientras me deslizo fuera del sofá, no puedo olvidar la imagen de sus ojos seductores. Es un hombre magnífico. El recuerdo de su tacto enciende un calor familiar en mi vientre.

Debería haber sabido que me traería problemas. ¿Por qué tenía que arrastrarme en un torbellino de promesas impulsivas y deseo imprudente? Y el beso de boda de anoche, ¿fue real o fue otro de sus juegos?

El anillo de latón en mi dedo es un grillete, aunque solo sea un brillante accesorio para recordarme nuestra locura de borrachos. Y el certificado de matrimonio falso... gracias a Dios por las pequeñas misericordias.

Me levanto y camino por el ático mientras la alfombra de felpa silencia mis pasos.

Mi teléfono zumba en la mesilla, rompiendo el silencio. Es Olivia.

—Hola, hermanita —saludo.

—¿Matrimonio, Bianca? ¿De verdad? —Su risa ligera y despreocupada resuena por el altavoz, haciendo que se me retuerza el estómago.

—Olivia, no es... —empiezo, tejiendo la mentira mientras hablo—. No es real. Es solo una ridícula ceremonia de imitación de Elvis en el Oasis. Pensamos que sería divertido.

—Oh, lo sé, hermana. Es un ingenioso truco publicitario, y los medios se lo están comiendo. Enemigos se convierten en amantes, y tan malditamente rápido. ¡Es divertidísimo! ¿Fue una idea loca de Zack?

De enemigos a novia accidental no es un titular que nadie nos hubiera predicho. Ni siquiera yo.

—Sí.... Quiero decir, no. Fue algo... mutuo.

—Bueno, a Las Vegas le encanta el drama, y vosotros dos lo estáis sirviendo en bandeja de plata. —Mi hermana aúlla más a través del receptor, pero poco a poco llega a su fin—. ¿Por qué solo me río yo aquí?

Suspiro, arañando los enredos de mi melena.

—Olivia, es complicado.

Se aclara la garganta.

—¿Por qué?

—No estoy segura. Empezó siendo divertido, pero luego se nos fue de las manos.

No dice nada durante unos instantes.

—¿Estás ahí? —pregunto.

—Sí —responde finalmente—. Un momento. Algo me acaba de llamar la atención.

Golpeo con las uñas la encimera de mármol de la cocina.

—Bueno, ¿qué pasa?

—Es solo que... Estoy buscando en línea en este momento, y...

Suspiro.

—Dime, Olivia.

—¿Por qué se habla de una licencia de matrimonio registrada? —pregunta.

Se forma hielo en mis venas.

—¿Qué?

Mi corazón martillea contra mi caja torácica mientras una sensación de frío recorre mis hombros. ¿Registrada? No, eso no puede estar bien. Se suponía que todo esto era fingido, una broma compleja.

—Uh, yo comprobaría los registros del condado si fuera tú, hermanita. Tu hazaña podría ser más oficial de lo que pensabas.

El pánico me araña por dentro.

—No, te equivocas. Es imposible. —Fuerzo la seguridad en cada sílaba, como si estuviera negociando un acuerdo de negocios en lugar de hablar de un error que podría alterar mi vida—. Es una confusión.

—Oh, ya veo —responde Olivia—. Espero que tengas razón, hermanita.

Me quedo helada, con la respiración entrecortada. Mi exuberante ático me aprieta, y la luz dorada que se filtra por la habitación es demasiado brillante.

Trago con fuerza. *Respira hondo, Bianca. Mantén la calma.*

—Tengo que irme —anuncio, el pánico aumentando en mi voz—. Te llamo luego.

Con un golpecito, termino la llamada y dejo caer el teléfono sobre la encimera. Cae al suelo con un par de golpes que resuenan con demasiada fuerza en la silenciosa suite.

Contrólate, Bianca. Me apoyo en la encimera de mármol liso y agarro con las manos su superficie fría. Tras dirigirme a la otra habitación, abro el portátil.

El pulso se me acelera en la muñeca mientras mis dedos temblorosos vuelan sobre el teclado, teclean en los registros del condado y esperan a que se cargue el documento.

Y ahí está. Una página con nuestros nombres en la pantalla brillante, tan real como el vestido que cuelga sobre la silla del dormitorio.

—Mierda.

El certificado, ornamentado y oficial, contiene la firma de ambos. La mía en letra elegante, la de Zack en mayúsculas. Es una unión de opuestos, no solo sobre el papel, sino en todos los sentidos imaginables.

Cierro los ojos y me alejo de sus pensamientos: el calor de su piel contra la mía, la intensidad de sus ojos brillantes y el sabor del tequila en sus labios.

Basta ya. No se trata de atracción. Se trata de control de daños.

Me tranquilizo y respiro hondo mientras acallo el caos en mi mente e ignoro la sensación de hundimiento en mis entrañas. Necesito un plan, una estrategia. Hasta entonces, nada de decisiones precipitadas, solo movimientos calculados.

¿Funcionaría la anulación? Sí, una anulación simple y silenciosa del matrimonio.

No, ¿en qué estoy pensando? ¿Matrimonio hoy, anulación mañana?

Los medios lo celebrarían. Y mi club, mi Fitzgerald, estaría en el centro de la controversia. No, no les daré esa satisfacción.

Sacudo la cabeza y miro mi reflejo de pánico en el espejo. Muestra la determinación en mis ojos, pero también el miedo, el miedo desenfrenado a caer en una trampa con el único hombre que podría hacerme olvidar todas mis reglas.

Zack Wolfe, ¿qué me has hecho?

5



Zack

Mientras me paseo por la oficina de mi casa, miro el horizonte de Las Vegas a través de las ventanas que van del suelo al techo. Uno a uno, cada edificio ornamentado enciende sus luces brillantes, pero la vista no puede mantener mi atención esta noche, porque todo en lo que puedo pensar es en ella: Bianca.

El recuerdo de nuestra boda accidental es un picor que no puedo quitarme. Me casé con ella y, tontamente, me salté la mejor parte: el momento en que se abre de piernas para mí.

La deseo mucho, y es algo más que físico. Lo consume todo.

Maldita sea. No debería haberla dejado esta mañana sin satisfacer mis necesidades. Por la expresión de su cara, ella también lo deseaba, tanto como yo.

Una vez tomada la decisión, cojo las llaves y salgo. Mi Lamborghini ruge como una bestia ansiosa de caza. Mientras conduzco hacia el Fitzgerald's, aprieto con fuerza el volante. Aunque detesto la idea de entrar en su territorio y darle ventaja, la desesperación hace que un hombre haga tonterías.

El letrero de neón de Fitzgerald's resplandece en el cielo cada vez más oscuro de Las Vegas. Desprecio el ambiente elegante y lujoso de este club, pero es donde está ella. Atravieso las cuerdas de terciopelo, ignorando los murmullos de reconocimiento.

Un portero sonríe mientras desengancha la cuerda.

—Sr. Wolfe, ¿a qué debemos el placer?

No me molestó en responder.

Dentro, las lámparas de araña brillan sobre la refinada multitud. Las risas y el tintineo de las copas llenan el ambiente, pero todo se vuelve más silencioso cuando todas las miradas se vuelven hacia mí. Lo ignoro y me dirijo hacia el fondo, con el pulso acelerándose a cada paso que doy hacia su despacho.

Llamo una vez y entro sin esperar permiso. Movimiento de poder.

Aquí está. Bianca está de pie junto a la ventana, una visión en un vestido ajustado que resalta cada curva. Su melena cae en cascada sobre sus hombros en ondas sueltas, enmarcando su tez bronceada y mostrando sus adictivos ojos caramelo.

El corazón me martillea en el pecho mientras ella me atrae. Trago saliva y me calmo, aunque mi virilidad se estremece contra la tela de mis pantalones.

—Cariño, estoy en casa.

Cuando se endereza, no se ríe. De hecho, parece muy seria. Mira hacia un rincón lejano de la habitación antes de mirarme con una arruga en las cejas.

—¿Sabías que nos hemos casado de verdad?

Una oleada de pánico me recorre.

—¿De qué... de qué estás hablando?

Sus labios brillantes se entreabren.

—Elvis, quiero decir Eddie King, registró el certificado en el condado. No es falso.

Los latidos de mi corazón retumban en mi oído mientras la miro fijamente y parpadeo.

—¿Qué?

—Búscalo —responde—. Está por todo internet.

Me hundo en el asiento y mi cerebro da vueltas ante la gravedad de la situación. Nunca quise este nivel de compromiso con nadie, y mucho menos con mi rival. Somos enemigos. Esto no debería estar pasando.

—¿Zack? —Su voz irrumpe en mis pensamientos.

Nuestros ojos se cruzan.

—¿Sí?

—¿Vamos a... ya sabes, anular esto?

Mi corazón late con fuerza, como un tambor que se sincroniza con el lejano latido del bajo de la discoteca.

—¿Deberíamos?

Se muerde el labio.

—Es el paso lógico.

—Nada de esto es lógico. —Me paso la mano por el pelo, pensando en una salida a este lío. Pero cuanto más lo pienso, más claro tengo que no hay una solución fácil—. No podemos anular esto y hacer como si nunca hubiera pasado. *Nosotros* pasamos.

—Pero nada de eso era real. —Inclina la cabeza—. ¿Lo fue?

Mi cerebro se apresura a pensar en una respuesta lógica, pero no encuentro nada. No estoy dispuesto a cancelar nada, no sin pensarlo bien.

—Anoche los números fueron fenomenales. La gente acudió en masa a mis doce clubes, con ganas de más. Y estoy seguro de que tu club estaba igual de lleno.

Se cruza de brazos, con expresión cautelosa.

—Entonces, ¿esto es solo un negocio para ti?

—No, eso no es lo que estoy diciendo. Simplemente no veo la lógica en entrar en pánico y tomar otra decisión precipitada. Dos errores no hacen un acierto.

Arruga las cejas y se rasca la cabeza. Abre la boca para discutir, pero la interrumpo.

—Entonces está decidido —declaro, con tono definitivo—. Nuestro pequeño acuerdo ha sido un negocio lucrativo. Dejaremos que pase este escándalo y nos separaremos discretamente cuando llegue el momento. —Entrecierro los ojos desafiándola a que se oponga.

Bianca suspira, su postura se endurece. Esto no formaba parte de su plan.

—Bien, pero necesitaremos reglas básicas. Esto es solo un acuerdo de negocios.

Levanto una ceja.

—Por supuesto. Estrictamente de negocios.

Pero incluso cuando acepto, mi mirada se detiene en la curva de su cuello y en el perfil de sus labios. Un trato de negocios nunca ha sido tan eléctrico.

Bianca se acerca al carrito del bar y se sirve una copa. El cristal tintinea con delicadeza mientras añade hielo.

—Primera regla —dice sin mirarme—. No tocarse. Guardamos las apariencias en público, pero eso es todo.

Se me caen los hombros. Es imposible que acepte. Me apoyo en su escritorio y aprieto los labios.

—Ya hemos roto esa regla.

Se da la vuelta, con los ojos brillantes.

—Sí, pero eso fue cuando estábamos borrachos y locos.

La verdad es que la deseo más ahora que anoche. El deseo crece y cobra vida propia. Debo probarlo para ver si su deseo es real. Conteniendo la respiración, cierro el espacio que nos separa.

—Pero ahora no estamos borrachos.

Se pone rígida como si fuera a retirarse, pero algo la detiene. Se hunde los dientes en el labio, un pequeño gesto que me acelera el pulso.

—Dime algo, y por favor, no mientas. —Cierro la brecha hasta que estoy a centímetros de ella—. ¿Todavía me deseas como anoche?

Su aliento es caliente contra mí.

—Sí, pero... es complicado.

—Tal vez. —La excitación se extiende por mi entrepierna y necesito tocarla—. O quizá sea lo más sencillo del mundo.

Ella suspira.

—Zack, no negaré que hay algo potente entre nosotros.

Asiento con la cabeza.

—¿Por eso no me alejas?

Su respiración aumenta mientras hace un gesto vago entre nosotros.

—Esto podría arruinarnos.

Mi cabeza se inclina mientras la veo desde un ángulo diferente.

—O hacernos imparables.

—Imparables... —Se detiene, y veo la cruda necesidad en sus ojos reflejando los míos.

Me acerco hasta que estoy a escasos centímetros de su cara y puedo oler su seductor aroma floral.

—Piénsalo, Bianca. Juntos, podríamos redefinir esta ciudad.

Su respiración se entrecorta y su cuerpo se inclina hacia el mío más de lo necesario.

—¿Redefinir o destruir?

Esto es una locura, pero es el tipo de cosa que podría quemar un rascacielos.

Mis dedos rozan su mandíbula y siento su calor contra mi piel.

—Accidental o no, fue una noche infernal.

—Zack... —Su protesta es débil, y su deseo es claro cuando me encuentra a mitad de camino.

—Dime que pare. —La reto, sabiendo muy bien que no lo hará.

No lo hace. Y en ese silencio, todo cambia.

Acorto la distancia y la atraigo hacia mí, mis labios capturan los suyos con un hambre feroz que me sorprende incluso a mí. Nuestros labios se exploran al principio, y luego el aire vibra al profundizarse el beso.

Bianca me rodea el cuello con los brazos y tira de mí. Nuestros cuerpos se funden en un beso perfecto.

Me pierdo en el sabor de su sofisticación y su desenfreno.

Nuestro beso es una promesa, vinculante. Está prohibido, pero ¿a quién le importa? Le acaricio la mejilla con la mano.

Respira entrecortadamente, se inclina hacia el contacto y cierra los ojos. Cuando vuelve a abrir los párpados, sus cejas vuelven a arrugarse. Quiere decirme que está mal, pero no lo hace.

Es mi mujer y es mía.

Así que le acaricio la cara y le rozo los labios con el pulgar.

—Shhh..

Nuestras miradas se cruzan, ámbar y caramelo. El corazón me retumba en el pecho, ahogando todos los sonidos externos.

Respira contra mis labios y sus muros se derrumban, desnudos solo para mí. Es crudo y real.

Una oleada de victoria me recorre cuando reclamo sus labios de nuevo y ella me devuelve el beso con fervor. Con cada beso, descubre un nuevo sabor. Su sabor es tan adictivo como un buen vino o un postre decadente. Es una potente mezcla de dulzura y especias que me vuelve aún más loco.

Gimo y aprieto su cuerpo contra el mío. Cada punto de contacto despierta mis sentidos, marcándome con un ansia feroz. El olor de su piel, su pelo y su aliento se mezclan, creando un aroma embriagador que inunda mis sentidos.

Vuelve a jadear cuando por fin tomamos aire, con los ojos oscuros de anhelo. Pero también tiene miedo.

Respiro contra sus labios, saboreando los restos de nuestra pasión.

—¿Tienes miedo?

Su respiración se hace pesada.

—Estoy aterrorizada.

Y así como así, no somos enemigos. Ni amantes.

Algo nuevo. Algo salvaje.

Algo inevitable.

6



Bianca

Cuando atravieso la puerta de la mansión de Zack, mi corazón es un hervidero de nervios y expectación. Tras el descubrimiento de ayer y el posterior beso, habíamos decidido que sería prudente conocernos mejor, sobre todo si queríamos llevar a cabo esta falsa relación sin que nadie sospechara.

El ambiente de la casa de Zack me llena de asombro. Al acercarme a la gran entrada, la fragancia de las rosas en flor llena mis fosas nasales mientras observo a tres cisnes deslizarse por una serie de estanques. El sonido del agua que salpica las fuentes se mezcla con las llamadas de los pavos reales que se pasean por el paisaje rocoso.

Zack se yergue en la puerta, su sola presencia exige atención. Viste un elegante traje que realza sus músculos esculpidos, mostrando su fuerza y autoridad. Su mandíbula afilada y angulosa destila una determinación inquebrantable.

En el interior, la mansión exhibe una decoración ecléctica, con discretos sirvientes que recorren los grandes pasillos adornados con excéntricas piezas de arte.

Su sonrisa me desarma mientras sus ojos ámbar se iluminan.

—Bienvenida a mi humilde morada.

Cuando siento calor en el vientre por su cercanía, no puedo resistir una broma.

—Tu humildad es asombrosa.

Se ríe, un sonido que vibra en el espacio cavernoso, y me conduce al comedor. La luz de las velas parpadea, creando sombras que bailan por las paredes. La mesa para dos habla de una intimidad que solo puede darse entre él y yo.

El aroma de la carne asada y las especias llenan el aire y se me hace la boca agua.

Me acerca una silla.

—Espero que tengas hambre.

Hay algo en él que me produce un cosquilleo en el cuerpo que nunca había sentido.

Me acomodo en el asiento de terciopelo.

—Estoy muerta de hambre.

Una vez servida la comida en múltiples bandejas de plata, nos entregamos a un opíparo festín, saboreando la deliciosa comida y el vino mientras reímos y comentamos los caóticos acontecimientos de los últimos días.

La actitud de Zack cambia cuando respira hondo y su habitual confianza se ve momentáneamente eclipsada por la vulnerabilidad.

Se echa hacia atrás en la silla y gesticula con su copa de vino mientras dice:

—Sabes, no se lo he contado a mucha gente, pero cuando murió mi padre, me afectó mucho. Papá siempre fue muy duro conmigo, me presionaba para que me hiciera cargo del negocio familiar en lugar de dedicarme a los clubes nocturnos. Nunca pude estar a la altura de sus expectativas.

Zack hace una pausa y agita el líquido rojo oscuro de su copa.

—Creo que, en el fondo, sigo queriendo demostrar que soy lo bastante bueno. Por eso a veces me pongo tan competitivo.

Su repentina vulnerabilidad me sorprende. ¿Zack Wolfe, siempre el alma de la fiesta, tiene viejas heridas familiares que el dinero no puede curar? ¿Quién lo diría?

Vacila, luego confiesa, derramando el dolor de la desaprobación de un padre como el vino de una botella cerrada hace tiempo.

—Mi padre nunca pensó que llegaría a nada, y ahora todo lo que hago es para demostrarle que se equivocaba.

Mientras su confesión me acerca a él, me duele el corazón por la cruda sinceridad de su voz.

Me acerco a la mesa y le toco la mano.

—Bueno, quizá la falta de apoyo de tu padre era exactamente lo que necesitabas. Quiero decir, mira todo lo que has construido. Le has demostrado que estaba equivocado.

Sus ojos ámbar, normalmente rebosantes de mala conducta, albergan ahora una profundidad de emoción que resuena dentro de mi corazón vigilado.

Mis dedos trazan el tallo de mi copa de vino.

—Tu valor para compartir eso... significa mucho.

Se ríe, y es un sonido indistinto que reverbera por la habitación.

—Haces que sea fácil ser abierto, Bianca.

Su cuerpo se mueve, se inclina hacia delante y sus pupilas se clavan en las mías. Hay una verdad sin filtros que dice mucho más de lo que podrían decir las palabras.

—Lo sé todo sobre querer la atención de alguien importante para ti. Hubo alguien en mi pasado. Cuando estaba conmigo, me daba toda la atención del mundo, y cuando no estaba... —Trago saliva, sintiendo un nudo en la garganta—. Le prestaba esa atención a otra mujer.

—La traición cala hondo —responde Zack en voz baja, sin apartar sus ojos de los míos—. Te obliga a cuestionar tu juicio y te hace construir muros.

—Exactamente. Desde entonces, he tenido cuidado, protegiendo mi corazón como una fortaleza.

—A veces, esos muros que levantamos... —Zack se inclina hacia adelante, apoyando los codos delante de él—. Bloquean más que el dolor. También mantienen a la gente fuera.

Nos sentamos en silencio durante un rato, como dos almas gemelas que reconocen las cicatrices que nos han formado.

Se me revuelve el estómago cuando se levanta de la mesa y se coloca detrás de mi silla.

Sus dedos mueven un mechón de mi pelo antes de tocarme la nuca. Es un simple roce, pero es como una chispa encendiendo leña seca.

El aire se vuelve más denso cuando se inclina hacia mí y su aliento me hace cosquillas en la oreja.

—Dime lo que quieres.

El deseo me envuelve, alimentado por el calor de su cuerpo. Estoy dispuesta a perderme en él, a explorar las profundidades de esta atracción que nunca termina. Inclino la boca hacia arriba para hablar, pero no tengo ni idea de cómo hablar de la fuerte excitación que se agita en mi interior.

—Esto... nosotros...

—Dilo.

Exhalo, mi cuerpo encierra curiosidad, anhelo y pura lujuria.

—Te deseo.

Zack ofrece su mano de mando.

—Ven conmigo.

Me levanto y dejo que me lleve lejos de la cena a la luz de las velas, hasta una escalera redonda. Cada paso que damos es un preludio de lo que ambos sabemos que está por llegar.

Su agarre es firme mientras me conduce por sus dominios, cada paso amplifica los latidos de mi pecho.

La mansión, inmensa y lujosa, se desvanece hasta que solo quedamos Zack, yo y nuestra profunda necesidad mutua.

Al final de la escalera, se gira y me atrae hacia él. Sus brazos son bandas de acero y el calor de su cuerpo me envuelve. Inclino la cabeza hacia atrás mientras sus labios chocan contra los míos, hambrientos y exigentes. Mis dedos recorren su pelo, agarrando las sedosas hebras para acercarlo más a mí.

Cada respiración es un secreto compartido, y cada jadeo es una confesión de deseo.

Exhala cerca de mi boca.

—Te he deseado durante tanto tiempo, Bianca.

Avanzamos a trompicones hacia la entrada de un enorme dormitorio decorado en tonos carmesí y caoba. Una cama de tamaño king domina la habitación, envuelta en lujosas sábanas de seda.

El espacio está lleno del aroma de una colonia almizclada y del tenue aroma del sándalo. Un aroma dulce y embriagador de rosas recién cortadas perdura en el aire.

Nuestro entorno se desdibuja mientras sus manos desabrochan los botones de mi blusa y mis dedos tantean el cierre de su cinturón.

Después de llevarme hacia delante para desabrocharme el sujetador, me recorre la clavícula y luego se desplaza hacia el sur para rodear mi pezón con el dedo índice.

—Hermoso.

Su gran mano masculina cubre todo mi pecho, donde masajea y amasa la piel hasta enrojecer de deseo.

Gimo, y el sonido vibra a través del aire caliente entre nosotros.

Se quita el resto de la ropa mientras mi vientre se agita al ver su escultural cuerpo.

Mis dedos rozan su pecho, provocando una aguda inhalación. Toco las duras crestas musculares, explorando el terreno.

Su cuerpo es una obra de arte: músculos esculpidos, piel suave y dorada y una mata de pelo que le recorre el abdomen. Me mira con ojos ardientes mientras sus manos rozan mi cintura y mis caderas, encendiendo chispas por todas partes.

Nuestras bocas se vuelven a encontrar antes de que me lleve hacia la cama y me tumbe sobre las sábanas de seda fría. Se cierne sobre mí y me besa la clavícula y el pecho.

Cada beso propaga la excitación por mi interior mientras acaricio la firmeza de su cuerpo.

Mis dedos recorren su espalda y me arqueo hacia él, deseando el cuerpo duro que se cierne sobre mí.

Gime en mi boca y todo lo que hay más allá de las paredes del dormitorio deja de existir.

Agarrando sus hombros y bíceps hercúleos, saboreo el cuerpo firme bajo las yemas de mis dedos.

Su boca encuentra mi otro pecho, donde pasa la lengua y chupa el pezón hasta que me retuerzo bajo él.

Raspo con las uñas los músculos de su espalda, y él sisea de placer mientras sus manos trazan la curva de mi columna.

Su caricia hace que una cálida excitación descienda en cascada hasta lugares que anhelan su contacto. Como si respondiera a mi súplica, pasa un dedo masculino por el centro de mi cuerpo, con una urgencia tan temeraria como perfecta.

Piel con piel, nos movemos como uno solo. Es salvaje y real, todo lo que siempre he deseado, pero nunca he sabido cómo conseguir.

Zack se alza sobre mí, con los músculos de los antebrazos tensos. Tiene un aspecto casi salvaje y su expresión arde de lujuria.

Acaricia mi canal antes de introducir de repente su verga hinchada en mi interior y llenarme de una sensación abrumadora.

Un gemido sale de mis labios mientras me arqueo hacia él, buscando la profundidad de una conexión que no ha hecho más que empezar.

—¿Sientes eso? —Me besa el cuello, su aliento caliente—. Somos nosotros, Bianca. Eso es real.

La profundidad de su voz hace que me estremezca contra él mientras el calor me recorre por dentro.

Empuja la larga vara hasta que no puede más y clava sus ojos en los míos antes de gruñir.

—Mírame.

Lo veo. En sus ojos veo el reflejo de mi hambre y el mismo desenfreno.

Comienza un ritmo urgente de cruda necesidad, empujando la enorme vara dentro de mí repetidamente.

—Así es como debería haberte tomado en nuestra noche de bodas.

La intensidad de sus palabras, combinada con sus movimientos primarios, me lleva al borde del éxtasis. Gimo y cierro los ojos de golpe mientras me penetra una y otra vez, llegando a lugares que no sabía que existían.

—Dios, Zack. Sí, así.

Zack gruñe por lo bajo en su garganta antes de acelerar el ritmo y machacarme con más fuerza mientras reclama cada centímetro de mí.

La cama cruje y el cabecero golpea contra la pared con la fuerza de nuestros frenéticos movimientos.

Jadea mientras los músculos divinos de su espalda se agitan bajo mis dedos.

Mientras el sudor resplandece en su frente, sus orbes ambarinos brillan con un deseo indomable. Vuelve a gruñir, con voz áspera de urgencia.

—Necesito más de ti.

Sus manos se deslizan por debajo de mí y me levantan las caderas, preparándonos para una penetración aún más profunda. Los músculos de sus brazos se tensan y flexionan mientras bombea dentro de mí con desenfreno, llevándonos a los dos al borde del abismo.

El sonido de nuestras pieles al chocar resuena por toda la habitación, acompañado de nuestros gemidos y jadeos de placer.

La presión aumenta hasta que apenas puedo contener el placer que recorre mis venas. Grito y eso hace que me machaque aún más fuerte.

Nuestras miradas se cruzan, reflejando la misma necesidad y el mismo hambre feroz. Ahora mismo, lo único que importa es el delicioso placer y la promesa del éxtasis.

Finalmente, una poderosa sensación me hace gemir mientras el pico se eleva y rompe sobre mí en oleadas.

Su propia liberación le sigue con un gemido y mi nombre una plegaria jadeante en sus labios.

En la habitación en penumbra, nuestros cuerpos siguen entrelazándose y todo lo demás se desvanece. Solo estamos nosotros, juntos en perfecta armonía. Estamos perdidos el uno en el otro, el resto del mundo olvidado.



Al amanecer, el pecho de Zack sube y baja bajo mi mejilla, a un ritmo constante que se sincroniza con el suave zumbido de la mañana. Mientras sus musculosos brazos me envuelven en calor, traza círculos en mi espalda, encendiendo pequeñas chispas a lo largo de mi cuerpo.

—¿Ya ha amanecido?

Levanto la cabeza para encontrarme con su mirada penetrante y asiento.

—Anoche fue...

—Más allá de las palabras. —Termina mi frase antes de inclinarse y presionar suavemente sus labios contra los míos.

Sonrío contra su boca.

—Hemos roto algunas reglas, ¿verdad?

La comisura de sus labios se levanta y sus ojos brillan.

—Si hubiera sabido que estar dentro de ti era tan bueno, me habría casado antes.

Jadeo y golpeo su hombro antes de que una ligera carcajada brote de mi garganta.

—¿Siempre necesitas casarte con una mujer antes de tener sexo?

Levanta la vista y medita la pregunta antes de responder.

—No. Es la primera vez.

Asiento con la cabeza, con los restos de la risa aún en los bordes de la boca.

—Ah. Bueno, me alegra saber que es la primera vez que haces esto del matrimonio accidental.

Arruga las cejas.

—Oh no, he tenido muchos de esos. Es solo la primera vez que tengo sexo.

Se me cae la mandíbula y se me escapa otra carcajada.

—Ah, vale. Bueno, realmente tienes habilidades para ser virgen.

Se echa a reír.

—Sí, aprendo rápido.

—Hmm. Interesante. —Contengo la risa, dejándome llevar—. Debes ser de los que aprenden sobre la marcha.

Una sonrisa indomable cruza su rostro.

—Sí, exacto. —Mientras hace girar mechones de mi pelo alrededor de su dedo, se pone serio—. Pero lo de anoche no fue un accidente, Bianca. Quédate hoy conmigo.

No es una pregunta, sino una orden envuelta en terciopelo.

Mi torso se dilata mientras respiro hondo. Me siento más viva que nunca. Encuentro su mirada y asiento.

—Me encantaría.

Sus labios encuentran un punto sensible detrás de mi oreja y lo besa hasta que una nueva excitación inunda mi interior.

Este hombre indomable me desenreda como ningún otro. Me estremezco antes de levantar la vista para contemplar su cabello despeinado. Trazo la línea de su mandíbula y memorizo cada ángulo.

—Has puesto mi mundo patas arriba, Zack Wolfe.

Sella la promesa con un beso profundo, reivindicándose de nuevo.

—Todo según lo planeado.

7



Bianca

Me siento sola en la tranquilidad de mi ático, mi mente sigue dándole vueltas a lo ocurrido hace tres días, cuando Zack Wolfe me reclamó de la forma más territorial.

Ahora, tras su apasionada declaración de propiedad, me pierdo en mis pensamientos mientras miro por la ventana la ciudad. La repetición de nuestro sensual acto de amor pasa por mi mente, excitándome y provocándome ansiedad al mismo tiempo. Era perfecto en todos los sentidos.

Por mucho que me gustaría disfrutar de la emoción de ser reclamada por el feroz rival que he deseado en secreto durante más de un año, mi cerebro no deja de recordarme las consecuencias que podría acarrear nuestro falso matrimonio. ¿Y si los medios de comunicación descubren que solo fue un desliz de borrachos? ¿Qué dirá la gente?

El teléfono vibra e interrumpe mis pensamientos. El nombre de Zack parpadea en la pantalla y deslizo el dedo para leer su mensaje.

Zack

Hola, nena. Tengo una sorpresa para ti.

Me tiembla el pecho.

Yo

¿De acuerdo?

Zack

Un reportero de Vegas Vibes viene al club esta noche. Quiere nuestra historia.

Me pellizco el puente de la nariz. No estoy preparada para enfrentarme a miradas indiscretas, no cuando este matrimonio accidental es más escándalo que santidad.

Yo

No creo que sea una buena idea.

Zack

¿Por qué?

Yo

No estoy preparada para eso.

Zack

Vamos, todo irá bien. Tu quédate tranquila y déjame hablar a mí.

Es todo confianza, pero aún me inquieta la idea.

Yo

Vale.

Concedo, arrepintiéndome al instante.

El trayecto hasta Pulse es un borrón, mi mente se debate entre las consecuencias de la farsa de esta noche. A medida que me acerco a la sección VIP, el bajo palpita a través de mis terminaciones nerviosas. El club de Zack rebosa energía.

Y ahí está, el rey de sus dominios, vestido con un elegante traje oscuro y rodeado de lujosos sofás negros en un santuario cubierto de terciopelo. Sus ojos dorados se clavan en los míos cuando se levanta para saludarme. Su brazo me rodea, suave y tentador.

—Estás impresionante, como siempre, Bianca.

—Gracias. —Cojo la copa de champán que me ofrece. Está helada, con gotas de condensación en la copa. Bebo un buen trago y le miro—. Acabemos de una vez.

Sonríe más, levantando la barbilla.

—Relájate. Lo tenemos.

Me acomodo a su lado, con el cuero del sofá frío contra mi piel caliente, y me concentro en el hombre de las gafas de montura negra: el periodista. Un fotógrafo barbudo está cerca, con la cámara preparada. Están aquí para un espectáculo, y Zack, con su impecable traje, está demasiado ansioso por actuar.

Zack se inclina hacia mi oído.

—Sígueme la corriente.

Su cálido aliento hace que la excitación se extienda por todo mi cuerpo, y enseguida lo ignoro. Inclino el vaso hacia él y arqueo una ceja.

—Siempre lo hago.

Me mira y frunce el ceño antes de darse la vuelta y mirar a los periodistas.

El reportero se inclina, con la pluma sobre una nueva página.

—Así que, Zack y Bianca, todo el mundo se muere por saber sobre la boda. Os casasteis al estilo de Las Vegas, ¿verdad?

La sonrisa perlada de Zack no vacila mientras toma el control.

—Por supuesto. ¿Qué sentido tiene estar en Las Vegas si no hay boda?

Me río a carcajadas y añado una frase.

—Nos comprometemos a que esto funcione. No solo en el matrimonio, sino en mantener la excelencia de Pulse y Fitzgerald's.

La mano de Zack encuentra la mía, dándole un apretón tranquilizador.

—Objetivos de pareja poderosa.

El contacto hace que el calor me recorra por dentro, aunque no es el momento de excitarse. Me siento más erguida y crujo el cuello.

El periodista asiente, garabateando notas.

—¿Y cómo compaginan negocios tan dinámicos con su nueva relación?

Ignoro el pulgar de Zack acariciándome el dorso de la mano mientras me aclaro la garganta.

—El equilibrio es la clave. Respetamos el dominio del otro.

Zack me hace un guiño animado.

—Por supuesto. Aunque no puedo evitar traer un poco de caos a este hermoso orden que Bianca ha creado.

Acompaña el comentario con una carcajada.

Mi cabeza tiembla por un momento antes de detenerse y recuperar la compostura.

—El caos puede ser... productivo. Sí.

El periodista asiente y garabatea más notas en su bloc.

—Hablando de caos, ha habido rumores sobre una fusión entre Pulse y Fitzgerald's. ¿Hay algo de cierto en ello?

Justo cuando estoy a punto de responder, Zack interviene.

—Sí, lo hemos hablado esta misma mañana, pero tenemos que ultimar algunos detalles.

Me sale vapor por las fosas nasales. ¿Me está minando? Aparto la mano y aprieto los dientes para respirar.

—Hay *mucho* que discutir sobre eso, en realidad.

—Por supuesto. —Zack muestra una gran sonrisa al periodista, pero el daño ya está hecho.

Un sutil destello aparece en los ojos del periodista.

—Parece que aún hay que limar asperezas.

Zack ignora la fisura con un gesto socarrón de la mano.

—Solo unos pequeños detalles.

Un repentino cosquilleo me pica en la garganta, así que toso y engullo varios tragos más de champán.

—Sí. Solo *unos pocos*.

Zack me rodea el hombro con su brazo fornido, me sujeta el pelo a la espalda y me impide mover la cabeza.

—¿No es increíble?

El fotógrafo se inclina para hacer una toma rápida y capturar el momento.

Exhalo un suspiro apresurado antes de retorcerme el cuello para liberar mi pelo atrapado.

—Centrémonos en los clubs, ¿vale?

Zack esboza una sonrisa burbujeante y me mira.

—Por supuesto. Estamos cien por cien comprometidos con nuestros clubes".

El periodista se afloja la corbata. Parece nervioso.

—Tenemos... mucho que esperar de vosotros dos.

El fotógrafo hace unos cuantos disparos más, captando cada acalorado intercambio.

Me rasco la cabeza e intento alisarme el pelo mientras me suda el labio superior.

El bolígrafo del periodista baila sobre su bloc de notas, garabateando lo que parece ser algo más que las palabras que nos lanzamos unos a otros. Está escribiendo la historia de nuestro desenredo, y pronto seremos el hazmerreír de toda la ciudad.

Mi pecho se aprieta mientras mis dedos temblorosos agarran el tallo de la copa de champán vacía con tanta fuerza que podría romperla.

Mientras nos mira fijamente, el periodista deja de escribir.

—Parece que las cosas se están poniendo muy intensas.

La mandíbula fuerte y angulosa de Zack hace un tic.

—El matrimonio es... complejo.

El periodista anota otra nota y arquea una ceja.

—Efectivamente.

No voy a quedarme aquí sentada más tiempo. Mi respiración se ha vuelto superficial y la piel se me tensa en el cuello. Sonrío a los periodistas.

—Ha sido un placer hablar hoy con ustedes. Gracias por venir.

De pie, me inclino hacia el oído de Zack.

—He terminado con esta entrevista.

Sus cejas se arrugan antes de que sus hombros caigan.

Después de alisarme el vestido, me dirijo al aseo de señoras con toda la elegancia de que soy capaz.

La puerta del baño se cierra tras de mí y, de repente, me quedo a solas con mis pensamientos acelerados.

Dentro, me apoyo en la encimera de pizarra negra y me lavo las manos temblorosas bajo el chorro de agua fría. La fragancia a lavanda del jabón no ayuda a calmar la inquietud que me invade. ¿Cómo hemos llegado hasta aquí? ¿Cómo una noche de imprudente abandono se ha convertido en un matrimonio público que ninguno de los dos había planeado?

Respiro hondo y me doy golpecitos en la cara con una toalla de papel húmeda, dejando que la sensación de frío enfríe el calor de mi cuerpo. Al cerrar los párpados, me viene a la mente Zack: su pavoneo seguro, sus ojos seductores y la forma en que enciende algo salvaje dentro de mí.

Miro fijamente mi reflejo, serena en apariencia, pero llena de confusión y deseo en el fondo. ¿Por qué lo necesito tanto? Un solo roce me empapa hasta el tuétano.

Suenan pasos fuera del baño y la puerta se abre para revelar a una mujer agachada que corre hacia un retrete.

Respiro hondo. *Contrólate, Bianca.*

Me seco la tez, me vuelvo a pintar los labios y abro la puerta para salir al pasillo poco iluminado que me lleva de vuelta al caos de Pulse.

El suave golpe de mis tacones es como un tambor de batalla, que me hace marchar hacia lo desconocido. Pero estoy preparada para afrontar lo que venga con gracia, aunque mi corazón y mi cuerpo me traicionen con su constante anhelo por el único hombre del que no puedo olvidarme.

—¿Adónde crees que vas? —La voz grave de Zack se cuela entre la música atronadora y me quedo paralizada en el oscuro pasillo. Está apoyado en la pared, con los brazos cruzados, la viva imagen de la intensidad melancólica.

—Zack... —Su nombre es un susurro, una súplica y una maldición, todo en uno.

Sus ojos buscan los míos, exigiendo una respuesta.

—Contéstame.

Nunca le había visto tan serio. Después de lamerme los labios, intento serenarme.

—Solo necesito tiempo para pensar las cosas.

Suspira y se pasa una mano por el pelo oscuro.

—Mira. Siento lo de la entrevista. Tenías razón. No estamos preparados. Solo intentaba maximizar esta situación.

Una mueca tensa mi semblante.

—Claro, ¿pero en qué momento le decimos la verdad a la gente?

Se acerca.

—De acuerdo, entonces. ¿Cuál es la verdad?

Aprieto los labios y levanto la barbilla.

—Ni una sola vez me planteé casarme antes de que me obligaras.

—¿Obligarte? —se burla, medio riendo—. Lo niegas rotundamente. Estabas mareada en el altar. Tú *querías* esto.

Se me hace un nudo en la garganta.

—No recuerdo nada de eso. Estaba borracha.

Acorta la distancia que nos separa, su aliento cálido contra mi piel.

—Pero te acuerdas de hace tres noches, ¿no?

No digo nada, aunque sé exactamente de qué está hablando. Habla de la atracción química y de cómo no me canso de él cuando está cerca.

Sus ojos son intensos e inquebrantables mientras se ablanda.

—Cuando consumamos el matrimonio, sentí cosas que nunca antes había experimentado. ¿Por qué querías acabar con eso?

Desviando la mirada, me muerdo el labio. No tengo respuestas.

Sus hombros caen.

—Maldita sea, Bianca. ¿Soy el único que siente esto?

La pregunta atraviesa mi serenidad. Suspiro y digo la verdad.

—Zack, el sexo fue de fuera de este mundo, y sí, me siento fuertemente atraída por ti, pero esto es complejo como el infierno. Tenemos personalidades completamente diferentes.

Asiente con la cabeza, arrugando las cejas.

—Entonces, ¿estoy solo en esto? —Su voz está cargada de emoción.

—No —suelto, sacudiendo la cabeza—. Todo esto ha pasado muy deprisa. Me gustaría tener tiempo para pensar si debemos continuar con este matrimonio o anularlo.

Hablo en un tono claro, pero no hay ninguna convicción detrás de mis palabras. No cuando cada célula de mi cuerpo lo desea.

—De acuerdo. —Sus manos masculinas se alzan en el aire—. De acuerdo. Te daré tiempo, Bianca. Pero no te suplicaré.

Se da la vuelta y se marcha, dejándome allí de pie.

Y luego quedó uno.

8



Zack

Camino de un lado a otro por los vastos pasillos de mi mansión, mis pasos resuenan en los suelos de mármol. El aroma de Bianca aún perdura aquí, atormentándome. ¿Cómo he podido ser tan estúpido delante de ese periodista? Le he enviado miles de mensajes, pero no contesta.

Miro el reloj, la impaciencia hierve en mi interior. Cinco días de silencio me están volviendo loco.

Mis pensamientos me atormentan mientras camino por los pasillos vacíos, el aura persistente de Bianca un recordatorio constante de lo que he perdido. Cinco interminables días de silencio desde la entrevista en la que me comporté como un tonto sin cerebro.

Pero la mirada de dolor en sus ojos cuando dijo que necesitaba tiempo para pensar... ese tipo de mirada podría romperme.

Vuelvo a mirar el teléfono, esperando una respuesta a mis innumerables disculpas. Nada. Mis mensajes de texto siguen sin leerse y mis llamadas no reciben respuesta. Sujeto el teléfono con fuerza y resisto el impulso de lanzarlo contra la pared. La paciencia nunca ha sido mi fuerte.

El chirrido de los neumáticos en el exterior corta el silencio opresivo de la mansión. A través de la ventana, veo a mis hermanos Ethan y Tristan entrando en la entrada.

Una mirada a mi reflejo en el pulido piano de cola confirma mis sospechas. No me veo ni me siento como siempre, pero todo ha perdido sentido estos días.

Me asomo por la puerta del salón, me peino el pelo revuelto y me subo los pantalones de chándal. Estoy hecho polvo, pero quizá puedan ofrecerme alguna pista sobre Bianca.

El criado abre la puerta y mis hermanos entran a grandes zancadas en el vestíbulo.

Los hombros de Ethan son anchos y musculosos, estirando el material de su traje bien confeccionado. La tela se ciñe a su cuerpo, resaltando su fuerte complexión.

Los ojos de Tristán escudriñan más allá de la gran sala de entrada, buscándome. Levanta la vista hacia la barandilla de la escalera de la mansión, mostrando su rostro afilado y anguloso.

—¿Zack? —La voz retumbante de Ethan resuena en toda la casa, mezclada con una preocupación que me hace estremecer.

—Aquí —grito, dirigiéndome de nuevo a la sala de estar.

Ethan y Tristan están en la puerta del salón, con sus rasgos esculpidos de curiosidad y desaprobación.

Atrás ha quedado la crujiente perfección que me caracteriza. En su lugar, apesto a desesperación y arrepentimiento, quizá porque llevo días sin ducharme. Suelto un largo suspiro y vuelvo a tumbarme en el sofá para apoyar la cabeza en el mullido cojín.

—Hola.

El aroma masculino de la colonia y el aftershave persiste alrededor de mis dos hermanos mientras me miran fijamente.

—Jesús, Zack. Tienes un aspecto horrible. —La preocupación de Ethan se muestra bajo su cabello oscuro artísticamente despeinado.

Los ojos ámbar de Tristán son una ardiente mezcla de miel y oro, brillantes de curiosidad y preocupación. Cuando su cabeza se inclina hacia un lado, la luz se refleja en sus ojos, haciéndolos casi brillar.

—¿Una luna de miel dura?

Su voz profunda es suave a pesar de la diversión que persiste en su rostro.

Se me revuelve el estómago. ¿Luna de miel? Todo el maldito asunto era un castillo de naipes construido sobre cimientos de arena.

—Muy bonito, hermano.

Se paran ante mí, esperando oír más, pero no doy ninguna explicación. Ninguna.

Me faltan las palabras. ¿Cómo podría explicar la maraña de emociones que pasan por mi cerebro en este momento?

—Así que —comienza Ethan, levantando una ceja y mirando a su alrededor—. ¿Dónde está tu mujercita?

Cierro la boca y no digo nada. No necesito esto. Hoy no.

Ethan tuerce la boca.

—Quiero decir, no fuisteis los recién casados más amables ante las cámaras, pero me imaginé que las cosas eran alegres a puerta cerrada, al menos.

Mi voz se entrecorta cuando recuerdo en mi mente aquella maldita entrevista. Mis mejillas se crispan.

—Todo va bien.

Ethan camina por el salón, abriendo cajones y mirando detrás de una cortina.

—¿Dónde está?

No pongo los ojos en blanco. Sospecho que ya saben que nunca vivió aquí después de casarnos. De hecho, solo había estado aquí una vez, la noche en que le hice el amor apasionadamente. Aprieto los labios.

—Se fue, ¿vale? No sé nada de ella desde la entrevista.

Ethan silba.

—¿Llegó a mudarse?

—Te he dicho que se ha ido, joder. —Las palabras salen entrecortadas, mi paciencia se agota. Si les contara las locuras de los últimos días, se darían cuenta de que soy idiota.

—Hmm. —Ethan ladea la cabeza—. Estoy un poco dolorido porque no nos invitasteis a la boda.

Una sonrisa forzada se forma en mis labios, una pálida imitación de mi encanto habitual.

—Lo siento, pero no hubo mucha planificación. Simplemente... ocurrió.

—Ajá. —El escepticismo impregna su voz y está claro que no se lo cree.

—¿Cómo está Ava? —pregunto, ansioso por cambiar de tema.

Hincha el pecho.

—Nunca ha estado mejor. Acabamos de reservar una acogedora cabaña en Aspen para el invierno. Será el lugar perfecto para poner un bebé en esa linda barriga suya.

Una oleada de envidia, aguda e inoportuna, me apuñala. Esa cercanía fácil, esa unión, era lo que anhelaba con Bianca. Pero lo había echado todo por la borda con mi estupidez. ¿Por qué no me acerqué a ella y le pedí una cita como un chico normal? ¿Por qué tuve que inventar todo esto del matrimonio?

Tristán, siempre tan perspicaz, se da cuenta de mi cambio de humor. Está callado, pero así ha estado los últimos años. Levanta la barbilla, mostrando su fuerte mandíbula.

—Sientes algo por esa mujer, ¿verdad, Zack?

Levanto la cabeza y asiento una vez.

—Sí.

Tristan me da una palmada en el hombro, con expresión comprensiva. Sus cejas se fruncen mientras inclina la cara hacia mí.

—Entonces, ¿la amas o todo esto fue por publicidad?

Me encuentro con su mirada.

—La amo.

Ethan vuelve a mirarme mientras Tristan se echa hacia atrás y se mete las manos en los bolsillos, con los brazos abultados y visiblemente fuertes.

—Mirad, chicos. Sé que todo esto parece una locura, y la verdad es que... yo mismo me había estado preguntando si mis sentimientos eran reales. Pero lo son, y estoy sufriendo. Necesito a esta mujer, y debo recuperarla.

El cabello oscuro de Tristán cae sobre su definida mandíbula, acentuando los contornos de su rostro mientras se sumerge en un momento de silencioso pensamiento.

Endereza la espalda, se pone más alto y dominante, sus anchos hombros realzan su elegante camisa negra. Asiente, mostrando una profunda comprensión.

—Entonces lucha por ella, Zack. No dejes que se te escape. No cometas el mismo error que yo. Tristan está hablando de *ella*. Willow. La chica que ha estado en su mente durante años. Él la perdió, pero eso no me pasará a mí.

Ethan cruza sus fornidos brazos.

—Parece que es hora de que seas un hombre y dejes de hacer el tonto. Has vuelto a ensuciar el nombre de la familia y no me gusta. —Hace una pausa, dejando que la gravedad de sus palabras se hunda en mí—. Arregla esto.

Enderezo los hombros y ardo de determinación.

—Recorreré esta ciudad hasta encontrar a mi mujer. No pararé hasta que vuelva a estar en mis brazos, donde debe estar.

Tristán asiente.

—Bien. Pero Zack... —Hace una pausa y le miro desde el sofá—. Necesitas una ducha primero.

Ethan suelta una carcajada y hace una mueca en mi dirección.

—Sí. Por favor, métete en la ducha, Zack.

9



Bianca

Los tonos crepusculares del horizonte de Las Vegas se cuelan por los cristales tintados de mi despacho mientras el ritmo sordo de la música del Fitzgerald's retumba de fondo. Cada compás martillea una pregunta en mi cerebro. ¿Fui tonta al alejarme de Zack? ¿Lo tiré todo por la borda?

Me había enviado un mensaje, pero dejé que la relación se enfriara sin responderle. ¿Por qué? Porque aún no tenía respuestas y me dolía demasiado responder. Pensé que me enviaría mensajes siempre, pero ayer, de repente, dejó de hacerlo y continuó con su vida.

Dicen que el tiempo cura el corazón, pero no puede ser cierto porque el amargo remordimiento aún mancha mi lengua, gracias a las decisiones insensatas que he tomado.

Aquella salvaje boda en Las Vegas es ahora una pesadilla lejana, y supongo que nuestro matrimonio nunca estuvo destinado a durar. Simplemente somos demasiado diferentes.

Llega fácil, se va fácil.

Un movimiento inusual al otro lado de la ventana me saca de mi espiral de autocompasión. Se me corta la respiración y lo que veo me devuelve al presente. Giro la silla para mirar hacia la ventana.

Al otro lado del paisaje urbano, en lo alto del dorado rascacielos del Hotel Oasis, donde Eddie King nos declaró marido y mujer, un mensaje resplandece en gigantescas luces eléctricas:

LO SIENTO, BIANCA. POR FAVOR, PERDÓNAME Y CÁSTATE CONMIGO (¿OTRA VEZ?)

Se me escapa una risa ahogada. Solo Zack, ese hombre escandaloso, exasperante y salvaje, haría algo así en público. Es tan audaz y ridículo, y sin embargo...

Sin darme tiempo a asimilar lo absurdo de la situación, la puerta del despacho se abre con un chirrido.

Zack está ante mí con una sonrisa tímida que suaviza los ángulos afilados de su mandíbula. Su expresión encierra una suave vulnerabilidad que nunca antes había visto. Se me calientan las entrañas de adoración.

—Bianca. —Su tono es genuino—. Eres la mujer más fuerte e increíble que conozco. Siempre estuviste destinada a ser mi esposa, y quiero que vuelvas a mi vida.

Un amago de sonrisa se dibuja en mis labios, delatando la calidez que me gustaría ocultar. Después de retroceder un poco, me encuentro con su mirada.

—Aún no lo tengo claro.

—Lo sé. Y tienes todo el derecho a estar insegura. Fui un completo imbécil ante los periodistas, y nuestro matrimonio empezó como una locura, pero... —Me aparta un rizo suelto de la cara—. No tiene por qué acabar así. ¿Verdad?

Mi corazón se hincha mientras me inclino hacia su tacto. Dios, le he echado de menos estos últimos días. He echado de menos esto, estar cerca de él y sentirlo contra mí. Me muerdo el labio y sigo luchando por entenderlo mejor.

—Somos tan diferentes. ¿Cómo puede funcionar esto entre nosotros?

Me coge la mano y me la acaricia con el pulgar.

—No necesitamos reinventar las leyes de la física. Los polos opuestos se atraen, y por eso esto funciona.

Tiene razón. Me siento tan atraída por él, que es difícil imaginar querer a alguien más. Me hace sentir tan libre. Levanto la barbilla y asiento.

—Vale, pero creo que tenemos que crear algunas reglas.

Sus ojos se iluminan y asiente.

—Lo haremos. Cada uno cambiará un poco y nos encontraremos en el medio. Así es como ganamos en este juego de amor. Bianca, y sé que dije que no suplicaría, pero...

Se aclara la garganta, saca una caja de terciopelo negro y se arrodilla.

Me llevo la mano a la boca mientras mis ojos se humedecen.

—Estos últimos días han sido una tortura —dice, con la voz cargada de emoción—. No puedo vivir sin ti, Bianca. Te he amado desde el momento en que te vi. ¿Por qué crees que te emborraché y te llevé a la capilla? Necesitaba hacerte mía de algún modo, de alguna manera. La forma en que lo hice fue un poco caótica y torpe, pero ahora no puedo retroceder en el tiempo.

Se me suben los hombros y se me llenan los ojos de lágrimas.

Continúa.

—Quiero ser real contigo, Bianca. Así que te lo ruego, ahora. ¿Quieres...?

Abre la caja, revelando un impresionante anillo de diamantes que captura la luz que se desvanece, una promesa que brilla sobre terciopelo.

—Conviértete en mi esposa, ¿de verdad esta vez?

Las lágrimas ruedan por mis mejillas, empañando la imagen del anillo, mientras la risa ahogada amenaza con estallar.

Este es Zack, el completamente ridículo y perfecto Rey de la Vida Nocturna de Las Vegas que de alguna manera me enfurece y me enciende el corazón a la vez.

—Tonto. —Las lágrimas siguen trazando caminos por mis mejillas—. Sí, claro que lo haré.

Una lenta sonrisa se dibuja en el rostro de Zack y es lo más bonito que he visto nunca. Mientras desliza el anillo en mi tembloroso dedo, la música del piso de abajo resuena como un himno victorioso para nuestra segunda y real oportunidad de casarnos.

Me siento aliviada cuando me estrecha en sus brazos. Mi cuerpo se funde con el suyo como si estuviéramos hechos el uno para el otro. Nuestros labios se encuentran en un beso abrasador con un anhelo reprimido explotando entre nosotros.

Cuando por fin nuestros labios se separan, me quedo sin aliento.

Sonríe y me atrae para darme otro beso profundo, pero se detiene y me mira a los ojos.

—Nunca volveré a dejarte marchar. Eres mía, ahora y siempre.

En retrospectiva, la boda en la pequeña capilla fue imprudente e insensata, pero cada giro nos condujo aquí, a este momento perfecto. Caminar juntos a través del fuego no ha hecho más que reforzar nuestra conexión. Ha sido un viaje alocado, pero cada latido loco ha merecido la pena.



Epilogue

TRISTAN

Tres meses después

Las bodas son una prueba agridulce para mí. Me recuerdan lo que no tengo.

Mientras suena la música, miro a mis hermanos, cada uno de ellos radiante de esa felicidad inconfundible que se siente al encontrar a la persona que te completa.

Ethan y Ava comparten un momento tranquilo, con las cabezas muy juntas. Fiona y Jonathan conversan profundamente, con las manos entrelazadas. Devin y Maya están perdidos en su propio mundo, su amor irradia entre ellos.

Y luego están Zack y Bianca en el centro del escenario, bailando como si el mundo les perteneciera.

Los hermanos Wolfe, que antes eran una fuerza de la naturaleza, indómitos y salvajes, ahora se están asentando, uno a uno. Todos menos yo.

Esbozo una sonrisa y me reclino en la silla. La banda canta otra canción de amor y las parejas se balancean juntas. Me siento como un extraño, observando un mundo del que solía formar parte, pero al que parece que no puedo volver a entrar.

Mi mente vuelve a los paisajes artísticos que rondan mi ático, los que hablan a una parte de mí que no acabo de entender. La artista sigue siendo un misterio, esquiva, como el amor que una vez tuve y perdí. He intentado encontrarla, pero siempre está fuera de mi alcance.

Me sacudo el pensamiento y bebo otro trago de cerveza. La noche es joven, pero ya me siento viejo, agotado por las oportunidades perdidas y los «y si...». Miro a mis hermanos y a sus recién casados y siento una punzada de envidia. Tuvieron el valor de ir tras lo que querían, incluso cuando eso significaba arriesgarlo todo.

—Por ti, Zack —murmuro, levantando la botella en un brindis silencioso—. Lo has conseguido. Encontraste tu para siempre.

Doy un largo trago a la botella, el amargor de la cerveza se mezcla con la amargura de mi alma. La música, las risas y la celebración pasan a un segundo plano mientras me sumerjo en mis pensamientos.

El amor no es para mí. Lo he perseguido lo suficiente como para saber que algunas cosas están fuera de mi alcance. Pero el poder y el control son cosas a las que puedo aferrarme. Así que me ceñiré a lo que se me da bien.

Me levanto, me quito los restos de añoranza y dejo la última botella vacía. Deja que mis hermanos tengan sus finales felices. Ahora lo sé mejor.

El amor no está en mis cartas, y he terminado de fingir que alguna vez lo estará.



Próximo libro de la serie: Placer prohibido (Rivales de la familia Wolfe, Libro 5)

¿Qué ocurre cuando el multimillonario coleccionista de arte Tristan Wolfe encuentra a su amor perdido, Willow, una artista solitaria con sus propios secretos?

Descubre su viaje de pasión y redención en ***Placer prohibido***.





Otras obras de Janica Cade

Serie Contrato con un multimillonario

Sucio mentiroso

Serie El legado de Blake:

Libro nº 1: Bebé para el CEO

Libro nº 2: Bebé para el vecino

Libro nº 3: Bebé para el acosador

Libro nº 4: Bebé para el gruñón

Libro nº 5: Bebé para el mejor amigo de mi hermano

Serie Rival de la familia Wolfe

Libro nº 1: Beso prohibido

Libro nº 2: Toque prohibido

Libro nº 3: Amor prohibido

Libro nº 4: Deseo prohibido

Libro nº 5: Placer prohibido

¡Escanee el código QR para obtener enlaces a todos los libros!





Sobre la autora

Janica escribe historias de amor picantes sobre hombres seductores y las atrevidas mujeres que se enamoran de ellos. Comenzó escribiendo historias con final feliz cuando era adolescente, pero recientemente ha empezado a incluir un toque picante en sus relatos y a publicarlos en Internet.

Está casada con un hombre que afirma ser multimillonario por derecho propio, pero que se niega a contratar a alguien que le ayude en la cocina. Ambos son unos yonkis digitales y trabajan todo el día codo con codo en un gran escritorio. Eh, pero mientras haya un cuenco con alubias de gominola entre ellos, todo va bien.

Viven en Las Vegas con un perro pomerania que se comporta como un gato.

Le encanta tener noticias de sus lectores. Contacta con ella en janicacade@gmail.com



Deja una opinión

Gracias por leer esta serie. Estoy encantada de que decidieras echarle un vistazo. Si te ha gustado leerla, te agradecería que dejaras una opinión. Cuéntame cuál ha sido tu personaje favorito. Leo todas las opiniones y las tengo en cuenta para mis próximos libros. También son de ayuda para que otros lectores voraces puedan encontrar mis libros.

Table of Contents

1. Zack	
2. Bianca	
3. Zack	
4. Bianca	
5. Zack	
6. Bianca	
7. Bianca	
8. Zack	
9. Bianca	
Epílogo	
Otras obras de Janica Cade	
Sobre la autora	
Deja una opinión	